

LA BIBLIOTECA DE DON RAMÓN FOGUET, CANÓNIGO TARRACONENSE (1725-1794)

Una de las principales procedencias de fondos antiguos en la Biblioteca Pública de Tarragona es la librería reunida en el siglo XVIII por el canónigo Don Ramon Foguet i Foraster. Los restos que de ella se conservan, una cuarta parte, aproximadamente, bastan para dar idea del carácter enciclopédico y excelente calidad de la colección, para reflejar la sólida cultura y múltiple curiosidad de su fundador y para justificar el elogio con que a éste se refirieron algunos de los mejores eruditos de su tiempo.

No es mi propósito intentar la biografía y estudio crítico que tan insigne personalidad reclaman. Una y otro deberán ser escritos por mejor pluma, ampliando los datos conocidos con los que proporcionen los archivos y la tradición local y familiar, situando al biografiado dentro del marco y en el ambiente cultural y social de la Tarragona de entonces, insistiendo en el punto de sus relaciones personales con escritores de España y, posiblemente, de otros países, y, sobre todo, investigando el alcance de sus aportaciones a obras eruditas, referentes en especial a asuntos tarraconenses, publicadas con otras firmas.¹

Siendo principal objeto de estas líneas informar sobre la biblioteca Foguetiana, bastará resumir una vez más los datos biográficos consignados en la Oración Fúnebre pronunciada en 16 de mayo de 1795 por el franciscano Fr. José Rius.²

1. Interesaría especialmente, en este aspecto, el estudio de las cartas dirigidas por el P. Flórez a Foguet y que, al parecer, se conservan en la Academia de la Historia.

2. Esta oración fué impresa en Tarragona, s. d., por Pere Canals. La consulta de este raro folleto me ha sido amablemente facilitada, en el ejemplar de su propiedad, por el ilustre escritor Joan Serra i Vilaró, a quien soy también deudor por indicaciones bibliográficas muy útiles en relación con el presente trabajo.

Nació Don Ramon Foguet en Sant Martí, cerca de Maldà, el 25 de enero de 1725. Estudió en el Seminario de Tarragona y en la Universidad de Cervera, donde se graduó en Filosofía y ambos Derechos, y en 1746 se le nombró canónigo con la dignidad de Arcediano de Vila-seca. Fué diputado en las juntas de temporalidades, comisionado en Madrid por la provincia tarraconense, archivero de la catedral y vicario de los arzobispos Santiyan, Armañá y Lario. Con excepción de alguna breve estancia en la corte, motivada por los expresados cargos, residió siempre en Tarragona, donde falleció el 16 de noviembre de 1794.³

De sus escritos sólo se citan un Catálogo o Bibliografía de más de 500 autores catalanes, espigado en su mayor parte, según Torres Amat, en las *Bibliothecae* de Nicolás Antonio, y un *Diálogo* sobre los barros antiguos de Tarragona, en el que reivindica para esta localidad productos cerámicos considerados como saguntinos por el conde Lumiares. A este *Diálogo* se refiere el canónigo González Posada, amigo y discípulo de Foguet, en una disertación que sobre tema análogo remitió a la Academia de la Historia. Los borradores del *Diálogo* — dice Muñoz y Romero — pasaron después de la muerte de su autor «a manos del erudito premostratense Don Jaime Pascual, para que los arreglase para la imprenta, lo que no llegó a hacerse».⁴

Pudiera sorprender que hombre tan singularmente dotado de inteligencia, laboriosidad y afición al estudio, poseedor de un rico y escogido material de trabajo y situado en medio tan favorable como el de una tranquila ciudad arzobispal, llena de recuerdos y vestigios históricos, en gran parte inexplorados, haya dejado como escritor una huella apenas perceptible. Pero no son infrecuentes estos resultados negativos cuando la sabiduría, demasiado exigente para con el propio que la posee, va unida a una bondadosa sencillez, enemiga de toda ostentación personal. Y ambas cosas, sabiduría y virtud, parecen haber granjeado a Don Ramon Foguet la admiración y el respeto de cuantos le conocieron.

En el panorama de la vida intelectual es corriente y muy humano el deseo del autor de vincular su nombre a su obra; y aunque sólo sea porque tal satisfacción compensa, en parte, de otros beneficios reserva-

3. Puede verse ampliación de estas noticias en el interesante trabajo de J. RUIZ I PORTA, *Els canonges Foguet i González Posada, arqueòlegs de Tarragona*, publicado en el «Boletín Arqueológico» de esta ciudad, 1914.

4. MUÑOZ Y ROMERO, *Dic. Bibliog.-Hist.* (Madrid 1858), 256.

dos casi siempre a esfuerzos menos espirituales, es disculpable esta vanidad en el celoso investigador que consentiría en llevarse a la tumba fría el secreto de su pequeño descubrimiento antes que éste se publicase sin el respaldo de su firma. Pero hay otra manera de eruditos a quienes, sin ambición ni desdén por la gloria, satisface plenamente el deleite que el estudio por sí mismo proporciona. Son discretos y solícitos trabajadores del pensamiento, bohemios de la erudición, pródigos de patrimonios ideales. Muchos de estos melificadores de la sabiduría, por los que el *Sic vos non vobis* debió pronunciarse también, quedaron innominados para siempre; otros, con una mención en la prosa ajena. Pero su aportación a la cultura española ha sido, en ocasiones, de un valor inapreciable. A ellos acudían los viajeros cultos en sus visitas, a veces demasiado rápidas, a las ciudades y pueblos de la Península; ellos fueron corresponsales eficacísimos de escritores admirables, los Flórez, Ponz, Villanueva, Ceán Bermúdez..., afanados en la noble tarea de inventariar por primera vez el acervo histórico y artístico de la Nación, y contribuyeron con sus informaciones, aclaraciones y consejo a hacer más depuradas y útiles publicaciones magistrales como la *España Sagrada*, el *Viaje de España* o el *Viaje Literario*.

Reconocemos en el canónigo Foguet a uno de estos varones ejemplares, espíritu muy de su siglo y, como tal, tan enamorado de la Antigüedad, de sus letras y monumentos, como de la ilustración actual y del progreso del país en todos los órdenes.

«El nombre de este buen amigo», escribe Don Antonio Ponz, «se halla mencionado en las obras del Maestro Flórez y de Don José Finestres, pero yo debo añadir (aunque será con mucho desagrado suyo) que he encontrado muy pocas personas en mis viajes por España tan inflamadas por el provecho y honor de la Nación, tan prontas a contribuir y trabajar en cuanto puede ser del caso a su ilustración; siendo su casa un depósito donde cualquier sabio y curioso encuentra con qué satisfacer su buena inclinación en libros, pinturas, medallas y otras cosas del gusto más refinado, como lo tiene el señor Foguet, a quien el público será deudor de muchas de las especies que he referido, si llegan a publicarse. La librería del señor Foguet es copiosa y de obras muy raras, particularmente de autores españoles. Su colección de medallas, de todos tamaños y metales, de emperadores, colonias, familias latinas, griegas, celtibéricas, etc., es considerable. Entre sus cuadros los hay de Carducho, de Ribera, de Ribalta, de Orrente, de Juncosa y de otros artistas acreditados.»⁵

5. PONZ, *Viaje*, Ed. de M. Aguilar (Madrid 1947), 1212.

La excursión de los dos amigos al Acueducto romano dejó en la memoria de Ponz, y seguramente en la de Foguet, el recuerdo más agradable. Hacían el viaje no sólo para satisfacer su curiosidad arqueológica, sino también por corresponder a los deseos del Arzobispo Santian, quien proyectaba la restauración del monumento para traer las aguas del Hospitalet a Tarragona. «Ha sido para mí muy alegre el día que con el señor Foguet fuí a ver el acueducto» y, antes de dedicar unas líneas a describirlo, expresa su contento frente a la perspectiva del territorio y las campiñas variadas de pastos, pinares, romerales y sembrados, no sin lamentar el predominio de las viñas, y al distinguir a distancia los pueblos de Arjilaga, Nules, Pallaresos y hasta catorce más, que especifica. «Contribuyó», agrega, «a la diversión el ver esparcidas por el campo muchas casas de labradores.» Se adivina fácilmente la comunidad de sentimientos y el sabor de la plática entre los dos sabios ante tan variados motivos de observación.

La vocación de sembrador de Don Ramon y el amor a su Tarragona se acreditan con el legado testamentario de su biblioteca al convento de San Francisco de dicha ciudad, con la obligación de que diariamente y durante cuatro horas, por lo menos, estuviera abierta al público. Se ha dicho que la biblioteca fué cuidada con esmero por los franciscanos, pero que la invasión napoleónica malogró los filantrópicos designios del fundador, dispersando y haciendo desaparecer los libros y las colecciones de numismática e historia natural, legadas con aquéllos.⁶

Es de suponer que todo peligrase y mucho desapareciera en tal ocasión; pero que la pérdida no fué absoluta lo atestiguan los libros que aun se guardan en la actual Biblioteca Pública. Por otra parte, ya en 1804, año en que vino a Tarragona el P. Jaime Villanueva y cuando, naturalmente, no eran previsibles los riesgos de la invasión francesa, otros peligros reales afectaban a la integridad de la colección. El deplorable estado que hoy ofrecen muchos volúmenes prueba que los temores de Villanueva no eran infundados; sin que esto signifique que la defectuosa instalación en el convento de franciscanos, de que se lamentaba aquél, haya sido corregida en todo momento, desde que la librería dejó de pertenecer a «manos muertas».

Dice, en efecto, el docto dominico después de referirse a los libros de la catedral:

6. RUIZ I PORTA, *loc. cit.*

«Mas por lo que mira a bibliotecas nada hay en esta ciudad comparable con la que legó al convento de PP. Observantes de San Francisco el difunto canónigo Don Ramón Foguet, persona conocida y dignamente alabada por Don Antonio Ponz... En efecto, esta copiosa y selecta librería acredita su vasta erudición y delicada elección en todo género de literatura. No sé si este sabio logra el fin que se propuso en su donación, que fué proporcionar al público libros para su enseñanza; y no porque los padres no cuiden ni conozcan lo que es este tesoro, que los hay doctos y laboriosos sobremanera y amantes del bien público, sino porque el lugar donde se colocó es propenso a la polilla, caluroso, estrecho, mezquino y poco correspondiente a la grandeza de la dádiva. Nunca serán bastantemente alabados los literatos que hacen esta especie de donaciones a la posteridad, perpetuando el buen uso del tesoro que más estimaron en vida. Mas sería de desear que a estas miras benéficas acompañase la liberalidad y posibilidad para disponer anticipadamente los lugares de depósito, precaviendo en esto los daños que pueden resultar de la pobreza de los legatarios.»⁷

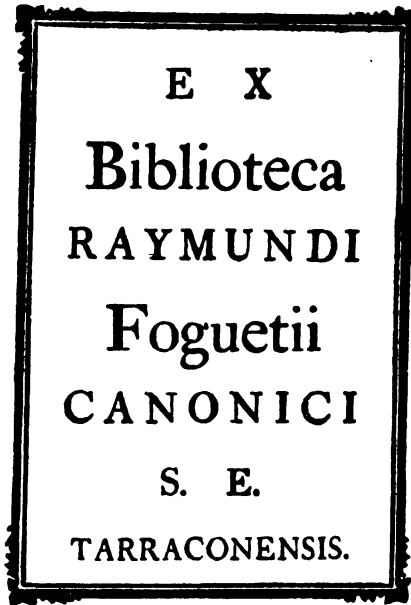
El estado en que muchos libros han llegado hasta nosotros es, ciertamente, lamentabilísimo, y la cantidad de volúmenes inutilizados por insectos bibliófagos supera a los de otras procedencias, aun siendo numerosos los de algunas de éstas, como Santes Creus, víctimas de la misma plaga.

Se refiere asimismo Villanueva a las pinturas celebradas por Ponz, las cuales, dice, fueron a poder del hermano de Don Ramon, y también canónigo, Don Francisco, y menciona el pequeño gabinete de historia natural y la colección numismática, que constaba de más de tres mil piezas, entre monedas y medallas, y estaba bien clasificada. La biblioteca, según el mismo autor, tenía unos cuatro mil volúmenes (número igual al que se fija en un pésimo soneto laudatorio, escrito con ocasión de la muerte de Foguet), siendo de admirar «varios códices litúrgicos de las iglesias de España, impresos antes de la reforma de San Pío V, y un Ritual manuscrito en vitela, del siglo xv, perteneciente a ésta de Tarragona, análogo a los que ya dije de la catedral de Valencia».

Todos los volúmenes que pertenecieron al Arcediano de Vilaseca llevan su exlibris, tipográfico y del mejor gusto, gracias al cual he podido separar cuanto resta de la biblioteca, pues falta catálogo o inventario de la misma. El que se consideraba como tal, lo es de otra biblioteca no identificada, muy importante también y mucho más copiosa, sobre la que insistiré al publicar, como me propongo, el catálogo de la de Foguet.

7. VILLANUEVA, *Viaje*, XIX, 120.

He aquí, por el momento, un anticipo del contenido de ésta :
 Hay que lamentar la pérdida del *Ritual* en vitela, del siglo xv, que vió Villanueva, y sólo cabe registrar, además del *Catálogo* antes



mencionado, la existencia de tres manuscritos, modernos pero no faltos de interés. Uno de ellos, que he podido identificar como perteneciente a Pedro Valerio Díaz, Justicia Mayor de Aragón y buen humanista, contiene apuntamientos diversos de numismática y otras materias eruditas. Un *Index del Archivo Regio de Nápoles y Sicilia*, con algunas anotaciones del mismo Valerio Díaz, es importante por la gran cantidad de documentos catalogados y los amplios extractos de muchos de ellos. Finalmente, un segundo tomo misceláneo contiene, entre otros papeles, copia de dos trabajos del docto premostratense Jaime Caresmar.

Respecto a incunables, la riqueza de la colección aparece testimoniada por el más antiguo historiador de la primitiva tipografía hispana, el P. Francisco Méndez, quien escribe :

«Son muchas y muy selectas las noticias de impresiones antiguas y raras que he recibido sacadas de la biblioteca del Sr. D. Ramón Foguet, Arcediano de Vilaseca en la Santa Iglesia de Tarragona, y del archivo de su cabildo acompañan otras varias. Dicho señor, como celoso sin segundo

de su patria y de nuestras glorias, no sólo ha franqueado cuanto tiene, sino que mueve por otros lados sobre el intento... El gusto y laboriosidad del señor Foguet en esta y otras materias lo tiene bien acreditado en público, no sólo ahora sino muchos años hace.»⁸

En el curso de la obra del P. Méndez se reseñan los siguientes incunables :

Breve tratat de confessió. — Valencia, s. i., 25 febrero 1493.

Cordial de l'ànima. — Valencia, s. i., junio 1495. (Es traducción «en estil de valenciana prosa» hecha por Bernardí Vallmanya de la española que, de un original latino, sacó Gonzalo García de Santa María, impresa en Zaragoza, 1494).

Proverbios de Séneca. — Sevilla, Juan Peguizer y Magno Hebert, 18 febrero 1500.

Décadas de Tito Livio, traducidas por el Canciller Don Pero Lopez de Ayala. — Salamanca, s. i., 15 agosto 1497.

Missale secundum consuetudine Ecclesiae Tarraconensis. — Tarragona, Juan de Rosenbach, 26 junio 1499.

De estos cinco incunables sólo subsiste el Misal tarraconense de Rosenbach, edición muy estimada y de la que sólo se conocen cuatro ejemplares.⁹ El hecho de conservarse también un *Regiment dels Prínceps* de Aegidius Columna (Barcelona, Nicolás Spindeler, 1480), hace presumir, al aumentar la lista de Méndez, la existencia en la biblioteca Foguetiana de otros incunables españoles no citados por el erudito agustino. Quedan además dieciséis incunables de imprentas extranjeras, entre los que figuran el *Communiloquium* de Joannes Gallensis (Strasburgo 1489) y los *Commentaria in libros de Civitate Dei*, de Thomas Waleys (Tolosa 1488), que destaco por haber pertenecido ambos al cronista y archivero Pere Miquel Carbonell, según notas autógrafas del mismo.

Al distribuir las obras dentro de las agrupaciones básicas del sistema decimal de clasificación, se manifiesta un gran predominio en materias sagradas, jurídicas e históricas, pero con representación también muy digna en las demás ramas del saber.

Quedan, entre las bibliografías, la *Antiquaria*, la *Graeca* y las dos *Latinae*, de Fabricio ; la *Hispánica-Histórico-Genealógico-Heráldica*, de Franckenau ; la de la *Eloquenza Italiana*, de Fontanini ; la *Bibliotheca Selecta*, de Posevino, y la *Bibliotheca Hispana* (Roma 1672), de Nicolás Antonio. Entre las poligrafías, el *Lampas sive Fax Artium Libera-*

8. MÉNDEZ, *Tip. Esp.*, 2.ª ed. (Madrid 1861), págs. VIII, 40, 42, 104, 120 y 178.

9. Los dos mejores pertenecen a The Hispanic Society y a la colección Font de Rubinat. Los otros dos, muy incompletos, a la Biblioteca de Tarragona. Cf. J. D. B., *Notas sobre el Missale Tarraconense de Rosenbach*, en «Biblioteconomía» 1948, n.º 17.

lium, de Gruterus; las *Anecdota Litteraria ex mss. codicibus eruta* (Roma 1773-1778); los *Symbolae Litterariae*, de Gori, y buenas ediciones de Cicerón, Marciano Capella, Goropio Becano, Leibnitz, Newton y Juan Ginés Sepúlveda. De publicaciones contemporáneas, el *Diario de los Literatos* y el *Semanario Erudito* de Valladares.

Dentro del grupo, poco nutrido actualmente, de Filosofía, se señalan las *Opera* de Boecio (Of. Henricpetriana, 1570); las de Séneca (París, Pierre Chevalier, 1613) y, entre lo español, la *Fábrica del Universo o Repertorio Perpetuo*, de Bernaldo Pérez de Vargas (Toledo 1560), y los *Morales de Plutarco*, traducidos por el Secretario Diego Gracián (Salamanca 1570).

Subsiste poco, e incompleto, de ediciones bíblicas. No así de escoliastas, críticos e historiadores de los libros sagrados, como Calmet, Martene, Petavio, Fabricio, Cornelio a Lapide y muchos más, no faltando la magnífica edición londinense de 1660 de los *Critici Sacri*, ni otras obras monumentales, como el *Florilegium Rabbinicum*, de Plantavit de La Pause. Sobre liturgia, además de obras fundamentales, como la de Spencer, *De legibus haebreorum ritualibus libri IV* (Tubinga 1732), se hallan selectas monografías y colecciones de textos comentados, como los *Hymnodia Hispanica*, de Francisco Arévalo (Roma 1785). Entre los Misales, destacan por su rareza bibliográfica el ya mencionado tarraconense de 1499, el de la misma Iglesia, impreso en Lyon por Cornelius de Septengrangis, en 1550, y el de Elna, por Juan Rosenbach, en Barcelona, 1510. Para no dejar sin mención la parte patristica, recordaré las *Homiliae*, de San Asterio (Amberes, Of. Plantiniana, 1615), bella edición greco-latina, en la que van incluídas las *Carmina, Orationes et Epistolae selectiores* del editor literario Felipe Rubenio, así como un magnífico retrato de éste. La oratoria sagrada no ofrece otro nombre español que el del P. Nicolás Gallo, uno de los mejores de la época; la italiana, pocos más que el del Cardenal Borromeo; la francesa, los de los grandes maestros Bossuet, Massillon, Bourdaloue y Bretonneau. La historia eclesiástica tiene representación abundante en Mabillon, Baluzio, Baronio, Fleury, Browero... y, de los españoles, en Sandoval, Flórez, Pérez Bayer y otros.

Lo mismo que el grupo anterior, el de Jurisprudencia acusa, en lo que de él se conserva, una bibliografía completísima. Para no hacer interminables las citas recordaré sólo algunos nombres de autores relacionados con el Derecho hispánico, aunque no es posible omitir la

mención de un excelente ejemplar de los *Basilicorum libri LX*, impreso en París en 1647. Figuran, entre los aludidos autores, Alfonso X *el Sabio*, en la edición de las *Partidas*, glosadas por Gregorio López (Valladolid 1587), el arzobispo Antonio Agustín, Pedro de Fuentidueñas, Fernández Navarrete, Jerónimo Ossorio, el marqués del Risco, etc., y con relación a Cataluña y Aragón, José Finestres, Antonio Roig, Juan Socarrats y Juan Luis Vives, además de algunos tomos de *Leyes y Observancias del Reino y Constituciones sindcales de varias iglesias*. Merece señalarse la *Sumaria investigación del origen de los Ricos Hommes de Aragón*, por Juan Francisco Montemayor de Cuenca (México 1664).

La escasez de obras filológicas, entre las que no falta la *Crusca Provenzale*, de Bastero i Lledó, queda en parte compensada con algunos tratados generales y monográficos de epigrafía oriental y clásica, con el *Thesaurus Synonymicus Haebraico-Chaldaico-Rabinicus*, de Plantavit de La Pause, y, sobre todo, con el *Glossarium* de Du Cange, y el *Supplementum* al mismo, de Carpentier.

En los grupos, asimismo poco nutridos, de Ciencias puras y aplicadas, subsisten la utilísima edición de Plinio (París 1741), ilustrada por Harduino, obras de Aldrovando, Kircher, Newton, Koenig, etc., las divertidas *Satirae Medicae*, de Jorge Franck (Leipzig 1722) y la muy rara edición catalana de la *Práctica Mercantil* (Lyon 1521), del mallorquín Joan Ventallol. Puede conjeturarse que no faltaría la traducción castellana que de esta obra hizo el Dr. Juan Bautista Tolrá, y que se imprimió en Tarragona el año 1619.

La importancia que en la colección, dadas las aficiones de su dueño, debió de tener la bibliografía sobre Bellas Artes, se aprecia aún en lo que queda de Montfaucon, Morelli, Cancellieri, Vignola, Winkelmann y algún tratadista más. Hay bastante de numismática, de autores extranjeros, a excepción de Pérez Bayer y Antonio Agustín, y de éste sólo la versión italiana de los *Diálogos*, por Dionigi Ottaviano Sada (Roma 1736). Sobre pintura, únicamente las *Opere* de Mengs, el *Pintor Cristiano*, del P. Interián de Ayala, y los *De Pictura veterum libri tres*, de Francisco Junio (Rotterdam 1694).

Ignoro si la abundancia de autores españoles a que alude Ponz lo sería de obras propiamente literarias. En todo caso nada se conserva en castellano, catalán y otras lenguas romances. Muy poco de clásicos griegos y latinos, idiomas ambos familiares a Foguet: Demóstenes,

Sófocles, Marcial, Higino, en ediciones críticas de los siglos XVI y XVII. De humanistas, los *Adagia*, de Paolo Manuccio; *Eppigramata*, de Rossetti; las *Lectiones*, de Pedro Victorio, y los *Epigrammata Antiquae Urbis* (Roma 1521), de Andreas Fulvio, «liber rarissimus», según nota de su poseedor.

Más de un centenar de títulos integran hoy el grupo de Historia, apareciendo todavía bastante completas algunas secciones, como la de historiadores griegos y latinos, donde casi todos los grandes escritores tienen buena representación en ediciones críticas del siglo XVI. También la tiene excelente la historiografía nacional, con la *Hispania Illustrata* al frente y las fuentes españolas más autorizadas, desde, alfabéticamente, Argote de Molina a Jerónimo de Zurita. El temor a una excesiva profusión me aconseja omitir otras referencias a obras de carácter general, historias particulares de otros países, monografías, tratados de cronología, diplomática y demás ciencias auxiliares, de que subsisten importantes materiales.

Finalmente, la serie de papeles varios, en número de 25 tomos, con más de 400 piezas, no es lo de menos interés para el bibliófilo de hoy. Corresponden a los siglos XVII y XVIII y tocan toda clase de asuntos, encontrándose, como es frecuente en este género de colecciones, folletos y hojas volantes de gran curiosidad y extremada rareza. Muchos están impresos en localidades de Cataluña y a la historia de ésta, en sus múltiples aspectos, interesa la mayoría de ellos.

Clasificadas las obras desde el punto de vista idiomático, dan el resultado siguiente:

Latinas, 324. Castellanas, 78. Italianas, 51. Francesas, 36. Greco-Latinas, 18. Griegas, 8. Catalanas, 3.

Podemos inferir por lo que queda la superior calidad de mucho de lo que falta en la biblioteca Foguetiana. Por ella ocupa Tarragona un lugar destacado en la historia bibliográfica del siglo XVIII y, en este aspecto, el nombre de su fundador merece unirse a los de Jovellanos, Floranes, Bofarull, Mayans, Despuig, Velasco, Conde de Miranda, Pérez Bayer y demás sabios bibliófilos de aquella centuria, que fueron algo más que fanáticos almacenistas de libros. Los tan celosamente reunidos por el ilustre canónigo tarraconense, merecedores de mejor fortuna, hubieron de sufrir, desaparecido su dueño, los múltiples agravios, en gran parte irreparables, de polillas, humedades, hacinamientos, trasiegos, mutilaciones y rapiñas. Sería de desear que estas viejas

desidias fuesen reparadas con una administración vigilante y esmerada de los fondos salvados, restaurando los volúmenes que, entre los más valiosos por su rareza bibliográfica o, simplemente, por su utilidad, así lo requieren ; instalando todos ellos dignamente y poniéndolos al servicio de los estudiosos. Éste sería, creo, el mejor homenaje que pudiera dedicarse a la buena memoria de Don Ramon Foguet i Foraster.

J. DOMÍNGUEZ BORDONA

Biblioteca Pública, Tarragona.